

Ursula K. Le Guin

Nacida en Berkeley, California, Ursula K. Le Guin (1929) fue a la universidad de Radcliffe e hizo su post grado en la Universidad de Columbia. Residiendo en Portland, Oregon, desde 1958, ella ha escrito numerosas novelas, poesías, libros de niños, y ensayos. Le Guin es más conocida por sus trabajos de ciencia ficción y de fantasía y ha ganado muchas premios por su escritura, incluyendo el *Gandalf Grand Master Award*. El cuento incluido aquí, “Los Que Se Van De Omelas” primero fue publicado en la revista *New Directions* en 1973 y ganó el prestigioso Premio Hugo por mejor narración breve el siguiente año.

Los Que Se Van De Omelas¹

Con el clamor de campanas que alcanzan a las golondrinas, el festival del verano viene a la ciudad de Omelas, brillante elevado por el mar. El aparejo de los barcos en puerto chispeaban con banderas. En las calles entre las casas con las azoteas rojas y las paredes pintadas, entre los jardines crecidos con musgo viejo y debajo de avenidas de árboles, por los grandes parques y los edificios públicos, procesiones se movieron. Algunos eran decorosos; personas mayores en trajes tiesos color de malva y gris, valientes, graves obreros maestros, callados, felices mujeres que llevan a sus bebés y que charlan mientras caminan. En otras calles el golpe de la música era más rápida, el brillo del gongo y la pandereta, y la gente fue a bailar, la procesión era una danza. Los niños entraban y salían, sus llamados se levantaban como los vuelos de las golondrinas por encima de la música y los cantos. Todas las procesiones iban hacia el lado norte de la ciudad, en donde en la gran pradera de agua los muchachos y muchachas de Campos Verde, desnudos en el aire brillante, con los pies y los tobillos manchados de fango y los brazos largos, delgados, ejercitaban sus caballos intranquilos antes de la carrera. Los caballos no usaban ningún engranaje en lo absoluto sino un bozal sin boca. Sus melenas fueron trenzadas con cintas de plata, oro, y verde. Los caballos amplían sus narices y desfilan y hacen alardes entre ellos; estaban sumamente emocionados, el caballo es el único animal que ha adoptado nuestras ceremonias como sus propias. Lejos, al norte y oeste, las montañas se levantaban rodeando a

Omelas en su bahía. El aire de la mañana estaba tan claro que la nieve que coronaba los Dieciocho Picos se quemaba con el fuego blanco-oro a través de las millas de aire iluminado por el sol, debajo del azul marino del cielo. Había suficiente viento para hacer que las banderas que marcaban la pista de carrera se alborotaran de vez en cuando. En el silencio de los prados verdes amplios encendido uno podía oír la música bobinando a través de las calles de la ciudad, más lejos y más cerca y nunca acercándose, un dulzor débil alegre del aire que temblaba y recolectaba juntos y explotaba de vez en cuando en un gran estruendo feliz de campanas.

¡Feliz! ¿Cómo decir algo sobre la alegría? ¿Cómo describir a los ciudadanos de Omelas? No eran gente simple, ya ves, aunque eran felices. Pero no decimos las palabras aclamación mucho ya. Todas las sonrisas han llegado a ser arcaicas. Dado una descripción tal como ésta uno tiende a hacer ciertas asunciones. Dado una descripción tal como ésta uno tiende a mirar por el rey siguiente, montado en un semental espléndido y rodeado por sus caballeros nobles, o quizás en una litera de oro llevada por unos esclavos de grande músculos. Pero no había rey. No utilizaban espadas, o tenían esclavos. No eran bárbaros. No sé las reglas y las leyes de su sociedad, pero sospecho que eran pocas. Como hicieron sin monarquía y la esclavitud, también vivían sin la bolsa de valores, la publicidad, la policía secreta, y la bomba atómica. Pero repito que no eran gente simple, no pastores dulces, salvajes nobles, utopistas suaves. No eran menos complicados que nosotros. El problema es que tenemos un mal hábito, animado por los pedantes y los sofisticados, de considerar la felicidad como algo estúpido. Solamente el dolor es intelectual, solamente el mal es interesante. Ésta es la traición del artista: una inhabilidad de admitir la banalidad del mal y el terrible aburrimiento del dolor. Si no puedo ganarles me junto a ellos. Si duele, repítelo. Pero elogiar la desesperación es condenar placer; abrazar violencia es perder todo lo demás. Casi lo hemos perdido; no podemos describir a un hombre feliz, ni podemos hacer celebraciones de alegría. ¿Cómo puedo decirles sobre la gente de Omelas? Ella no eran niños ingenuos y felices - aunque sus niños eran, de hecho, felices. Ellos eran adultos maduros, inteligentes, apasionados cuyas vidas no eran desgraciadas. ¡Oh Milagro! Pero deseo poder describirlo mejor. Deseo poder convencerte. Omelas suena en mis palabras como una ciudad de un cuento de hadas, hace tiempo y en lo lejano, erase una vez. Quizás sería mejor si lo imaginas como tu propio fantasía te empuja, asumiendo que se levantará a la ocasión, porque ciertamente no puedo acomodarlos a todos. ¿Por ejemplo, y la tecnología? Pienso que no habría carros o helicópteros en y sobre las calles; esto sigue del hecho de que la gente de Omelas es gente feliz. La felicidad se basa en una justa discriminación de lo necesario, de lo que es ni necesario ni destructivo, y de lo que es destructivo. En la categoría media, sin embargo – lo que es innecesario pero no destructivo, que es la comodidad, el

¹ Traducido por Martha Cedeño-Barnes. Reimpreso con el permiso de Serve Rhode Island.

lujo, y la exuberancia, etc. – ellos podrían perfectamente tener la calefacción central, metros, lavadoras, y todas las tecnologías maravillosos que todavía no han sido inventados aquí, las fuentes de luz flotantes, energía que no usa combustibles, la cura para el resfriado común. O podían tener nada de eso: no importa. Como usted más le guste imaginarlo. Estoy inclinado en pensar que la gente de las ciudades arriba y abajo de la costa ha estado viniendo a Omelas durante los días pasados antes de que el festival empiece en trenes rápido y en las tranvías de doble-cubiertas, y que la estación de tren de Omelas es realmente el edificio más hermoso de la ciudad, aunque más sencillo que los magníficos mercados de los granjeros. Pero incluso de las tranvías concedidas, temo que Omelas le parece hasta ahora como un lugar untuoso. Las sonrisas, las campanas, los desfiles, los caballos, bleh. Si es así agregue por favor una orgía. Si una orgía ayudaría, no vacile. No tengamos, sin embargo, templos de quienes salgan sacerdotes y sacerdotisas desnudos y hermosos ya medios extasiados y que están listos para copular con cualquier hombre o mujer, amante o extranjero, que desea una unión con una cabecilla de Dios y en sangre, aunque ésa fuera mi primera idea. Pero sería realmente mejor no tener ningunos templos en Omelas - por lo menos, los templos servidos por hombres. Religión sí, iglesia no. Los desnudos hermosos pueden vagar seguramente ofreciéndose como soufflés divinos al hambre del necesitado y al éxtasis de la carne. Déjenlos unirse a las procesiones. Deje que las panderetas suenen sobre las cúpulas, y la gloria del deseo se proclame sobre los gongos, y (un punto no poco importante) deje que los descendientes de estos rituales encantadores sean queridos y ocupados por todos. Una cosa que sé que no hay ninguno en Omelas es culpabilidad. ¿Pero qué más debe allí estar? Al principio pensé que allí no habían ningunas drogas, pero eso es puritano. Para los que les gusta, el dulzor insistente débil del *drootz* puede perfumar las maneras de la ciudad, el *drootz* que primero trae unas grandes ligerezas y brillantez a la mente y a los miembros, y entonces después de algunas horas una languidez soñadora, y visiones maravillosas en el último de los mismos arcana y de los secretos íntimos del universo, así como la excitación del placer del sexo más allá de toda la creencia; y no forma hábitos en las personas que lo usan. Para gustos más modestos pienso que debe haber cerveza. ¿Qué más, qué más pertenece en la ciudad feliz? El sentido de la victoria, seguramente, la celebración del valor. Pero como hicimos sin iglesia, hagamos sin soldados. La alegría construida sobre matanza acertada no es el tipo más adecuado de la alegría; no será suficiente; es temerosa y es trivial. Una alegría ilimitada y abundante, un triunfo magnánimo sentido no contra cierto enemigo externo sino de la comunión con el más fino y más justo de las almas de todos los hombres por todas partes y del esplendor del verano del mundo: esto es qué hincha los corazones de la gente de Omelas, y la victoria que ellos celebran es el de la vida. No pienso que realmente muchos de ellos necesiten tomar el *drootz*.

La mayor parte de las procesiones han alcanzado Campos Verdes ahora. Un olor maravilloso de cocinados sale de las tiendas rojas y azules de los proveedores. Las caras de pequeños niños están amablemente pegajosas; en la barba gris benigna de un hombre un par de migas de los pasteles ricos se enredan. Las juventudes y las muchachas han montado sus caballos y están comenzando a agruparse alrededor de la línea de salida del hipódromo. Una mujer mayor, pequeña, gorda, va riéndose, está regalando flores de una cesta, y un grupo de hombres jóvenes y altos usan sus flores en sus cabelleras brillantes. Un niño de nueve o diez se sienta en el borde de la muchedumbre, solo, tocando una flauta de madera. La gente se detiene brevemente para escuchar, y le sonríen, pero él no le habla, porque él nunca deja de jugar y nunca los ve, sus ojos oscuros enteramente arrebatados en la magia fina y dulce de la melodía.

Él acaba, y baja lentamente sus manos agarrando la flauta de madera.

Como si ese poco de silencio privado fuera la señal, enseguida se escucha los sonidos de una trompeta en el pabellón cerca de la línea de salida: imperioso, melancólico, penetrante. Los caballos se levantan en sus piernas delgadas, y algunos de ellos relinchan en respuesta. Con caras sombrías, los jinetes jóvenes frotan ligeramente los cuellos de los caballos y los calman, susurrando, “tranquilo, tranquilo, ahí mi belleza, mi esperanza...” Comienzan a formar una fila a lo largo de la línea de salida. Las muchedumbres a lo largo del hipódromo son como un campo de hierba y de flores en el viento. El Festival del Verano ha comenzado.

¿Lo cree? ¿Aceptas el festival, la ciudad, la alegría? ¿No? Entonces déjame describirte una cosa más.

En un sótano debajo de uno de los edificios públicos hermosos de Omelas, o quizás en el sótano de una de sus propiedades privadas espaciosas, hay un cuarto. Tiene una puerta trabada, y ninguna ventana. Un poco de luz se filtra adentro polvoriento entre las grietas en los tableros, de segunda mano de una ventana telarañosa en alguna parte a través del sótano. En una esquina del pequeño cuarto, un par de trapeadoras, con cabezas rígidas coaguladas y malolientes, están soportadas por un cubo oxidado. El piso es de tierra, un poco húmedo al tacto, como la suciedad de sótano es generalmente. El cuarto es cerca de tres pasos de largo y dos de anchos: apenas del tamaño de un armario de escoba o un cuarto de herramientas poco usado. En el cuarto un niño está sentado. Podía ser un muchacho o una muchacha. Parece tener cerca de seises años, pero tiene realmente casi diez años. Es imbécil. Quizás nació defectuoso, o quizás ha llegado a ser imbécil por el miedo, la desnutrición, y la negligencia. Pone sus dedos en su nariz y se manosea de vez en cuando los dedos del pie o órganos genitales, pues se sienta jorobado en la esquina lo más lejos posible del cubo y las dos trapeadoras. Le tiene miedo a las trapeadoras. Las encuentra horribles. Cierra sus ojos, pero sabe que las trapeadoras todavía están ahí

siempre; y nadie viene nunca, salvo que - el niño no tiene ninguna comprensión del tiempo o del espacio - la puerta a veces traquetea terrible y se abre, y una persona, o varias personas, están allí. Una de ellas puede venir adentro y golpear al niño con el pie para hacer que se levante. Los otros nunca vienen cerca, pero lo miran fijamente con los ojos asustados, repugnantes. El tazón de alimento y el jarro de agua son llenados precipitadamente, la puerta es cerrada, los ojos desaparecen. La gente en la puerta nunca le dice algo, pero el niño, que no ha vivido siempre en el cuarto de las herramientas, y puede recordar luz del sol y la voz de su madre, habla a veces. "Seré bueno," les dice. "Déjeme por favor salir afuera. Seré bueno!" Nunca contestan. El niño acostumbrado a gritar por ayuda en las noches, y a llorar mucho, ahora solamente hace una clase de gimoteo, "eh-haa, eh-haa," y habla cada vez menos a menudo. Es tan flaco que no tiene jarretes en sus piernas; su vientre resalta; vive con una mitad de un tazón de alimento de harina de maíz y grasa al día. Está desnudo. Sus nalgas y muslos son una masa de dolores por llagas ulceradas, pues se sienta en su propio excremento continuamente.

Todos saben que está allí, toda la gente de Omelas. Alguna de ellos han venido a verlo; otros son contentos simplemente con saber que está allí. Todos saben que tiene que estar allí. Alguna de ellos entienden por qué, y otros no lo saben, pero todos entienden que su felicidad, la belleza de su ciudad, y la dulzura de sus amistades, la salud de sus niños, la sabiduría de sus eruditos, la habilidad de sus fabricantes, incluso la abundancia de su cosecha y los tiempos bondadosos de sus cielos, dependen enteramente de la miseria abominable de este niño.

Esto se explica generalmente a los niños cuando están entre ocho y doce, cuando parecen capaces de comprensión; y la mayor parte de los que vienen a ver el niño es gente joven, aunque bastante a menudo un adulto viene, o vuelve, para ver al niño. Aunque se le ha explicado bien, estos espectadores jóvenes siempre están asombrados y afectados por la escena. Sienten repugnancia, el cual pensaron estar superior a esa emoción. Sienten cólera, ultraje, impotencia, a pesar de todas las explicaciones. Quisieran hacer algo para el niño. Pero no hay nada que pueden hacer. Si criaran el niño en la luz del sol fuera de ese lugar vil, si fuera limpiado y alimentado y confortado, que sería una buena cosa, de hecho; pero si fuera hecho, en ese día y hora toda la prosperidad y belleza y placer de Omelas se marchitaría y sería destruido. Ésos son los términos. Para intercambiar toda la calidad y tolerancia de cada vida en Omelas por ésa sola, pequeña mejoría; para lanzar lejos la felicidad de millares por la felicidad de una; esto sería dejar la culpabilidad dentro de las paredes.

Los términos son estrictos y absolutos; no puede incluso haber una palabra buena hablada al niño.

La gente joven va a casa a menudo llorando, o en una rabia sin lágrimas, cuando han visto al niño y se han enfrentado a esta paradoja terrible. Pueden

agonizar sobre ella por semanas o años. Pero al pasar el tiempo comienzan a realizar que incluso si el niño podría salir, no conseguiría algo bueno de su libertad: un poco del placer vago del calor y del alimento, no hay duda, pero poco más. Esta demasiado degradado e imbécil para saber cualquier alegría verdadera. Ha estado demasiado asustado y nunca será libre de miedo. Sus hábitos son demasiado toscos para responder al tratamiento humano. Después de tanto tiempo, probablemente sería desgraciado sin las paredes sobre él para protegerlo, y la oscuridad para sus ojos, y su propio excremento para sentarse. Sus lágrimas por la injusticia amarga se secan cuando comienzan a percibir la justicia terrible de esta realidad, y aceptarla. Sin embargo es en sus lágrimas y cólera, el intento de su generosidad y la aceptación de su desamparo, que está quizás la fuente verdadera del esplendor de sus vidas. La suya no es ninguna felicidad sosa, irresponsable. Saben que ellos, como el niño, no están libres. Saben la compasión. Es la existencia del niño, y su conocimiento de su existencia, que hace posible la nobleza de su arquitectura, el patetismo de su música, la profundidad de su ciencia. Es debido a el niño que ellos son tan apacibles con todo sus niños. Saben que si el desgraciado no estuviera ahí lloriqueando en la oscuridad, el otro, el jugador de flauta, no podría hacer música alegre mientras que los jinetes jóvenes se alinean en su belleza para la carrera en la luz del sol del primer verano de la mañana.

¿Ahora cree en ellos? ¿No son más creíbles? Pero hay una cosa más que decir, y esto es absolutamente increíble.

Ocasionalmente uno de los muchachos o las muchachas que van a ver al niño no van a su casa a llorar o rabiarse, de hecho, no van a su casa en lo absoluto. A veces también un hombre o una mujer mucho más viejo guarda silencio por un día o dos, y entonces se va de su casa. Esta gente salen a la calle, y caminan las calles solas. Ellos siguen caminando, y caminan fuera de la ciudad de Omelas, a través de las puertas hermosas. Siguen caminando a través de las tierras de labrantío de Omelas, cada uno va solo, juventud o muchacha, hombre o mujer. Al caer la noche; el viajero debe pasar abajo de las calles de la aldea, entre las casas con luces encendidas en las ventanas, encendidas hacia fuera iluminando la oscuridad de los campos. Cada uno solo, va al oeste o al norte, hacia las montañas. Ellos siguen. Salen de Omelas, caminan hacia la oscuridad, y no vuelven. El lugar hacia donde van es un lugar incluso menos imaginable para la mayor parte de nosotros que la ciudad de la felicidad. No puedo describirlo en lo absoluto. Es posible que no exista. Pero parecen saber adónde van, los que se van de Omelas.